La ciencia del misticismo

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Hablar de la ciencia del misticismo puede sonar como una contradicción. Por mucho tiempo las palabras ciencia y misticismo se han considerado incompatibles. Para los científicos del siglo diecinueve, el misticismo constituía un mundo de ilusión digno de risa. Muchos científicos modernos tampoco se inclinan a aceptar la realidad del misticismo. También hay muchos místicos que han considerado esos dos campos como reinos diversos y distantes entre sí, cuya reconciliación es imposible.

Desde el punto de vista racional, ninguna actividad humana puede quedar completamente libre de la influencia de la ciencia. Los principios generales de la ciencia hacen falta para que el hombre pueda triunfar en cualquier campo. Al contrario de la opinión pública, la ciencia no es la multitud de detalles técnicos que van ordinariamente asociados con algún fenómeno, sino que consiste en un método para comprender los fenómenos que diariamente experimentamos. El método científico es el análisis de ciertos elementos de los fenómenos de nuestra experiencia, para determinar sus leyes fundamentales que permiten su existencia. La ciencia, por la tanto, es la aplicación de la razón a la experiencia, en vez de atenernos a la especulación o las conjeturas.

Si el estado místico es una realidad, si no es una condición falsa o una ilusión, ha de tener una consistencia que pueda examinarse y analizarse. Tal examen de los elementos del misticismo constituye su ciencia. Hasta un examen casual del estado místico es suficiente para descubrir que no se trata de un don extraordinario. El místico no es uno que ha sido escogido para recibir una experiencia exclusiva o para gozar de los atributos de un poder divino especial que se le confiere. Como quiera que consideremos los logros del misticismo, son el resultado de nuestro propio esfuerzo. La base fundamental del estado místico es igual a la de las demás actividades humanas. Esta base fundamental consiste de las cualidades de consciencia y experiencia.

La consciencia es la sensitividad que un ser viviente exhibe hacia sí mismo, hacia su propio organismo, hacia sus alrededores. Sabemos que la fuerza vital es actividad. El organismo viviente continuamente se adapta a los requisitos de esta actividad interna. Estas adaptaciones del organismo viviente producen las diversas sensaciones de la consciencia. Las sensaciones son, por decirlo así, las reacciones del ser viviente ante todos esos impulsos que actúan sobre él, ya sea que actúen desde afuera o desde adentro. La experiencia, la otra cualidad básica del estado místico, es el contenido de la consciencia. Consiste de todas las sensaciones que surgen dentro del ser viviente.

La experiencia es, pues, el diseño de nuestra consciencia, el diseño de su reacción ante los impulsos que recibe. Como analogía, y para que esto se entienda mejor, supongamos que una hoja de papel blanco represente la

consciencia. Si escribimos sobre el papel blanco, podemos decir que esos rasgos que sobre él trazamos constituyen las sensaciones. La forma o diseño total de esos rasgos, considerados en conjunto, es la que designamos como experiencia.

Todas las cosas vivientes no tienen experiencia, aunque todas tengan consciencia. Decimos que el hombre tiene experiencias porque puede aislar y evaluar ciertas sensaciones en su consciencia. El hombre también puede formar diseños mentales con algunas impresiones de su consciencia. Por lo tanto, la ciencia del misticismo comienza con el análisis de tipos especiales de experiencia. Más aún, la ciencia del misticismo requiere que el individuo manipule o transforme su consciencia personal.

Concentración

El primer paso en esta ciencia del misticismo consiste en la comprensión de la manera de funcionar de la concentración, que es la aplicación voluntaria más común de nuestra consciencia. La concentración es realmente el estado de atención, el enfoque de nuestra atención sobre un grupo particular de vibraciones. Como analogía, cuando enfocamos unos binoculares, es con el fin de ajustar las lentes para ver con claridad cierta imagen que percibimos.

En la concentración enfocamos la consciencia para poder responder a las impresiones de un cierto sentido, el oído, la vista, el gusto o algún otro. Al hacerlo así, al enfocar sobre un grupo de impresiones, generalmente descartamos todas las demás impresiones que son recibidas por nuestra consciencia. De ese modo estamos atentos a un solo grupo de estímulos, según hemos dicho. Tomemos otra analogía: si yo estuviese hablando con usted, y usted se estuviera concentrando en el sonido de mi voz, esto sería más dominante en su consciencia que lo que usted mirase al mismo tiempo.

La concentración o el enfoque de la atención es realmente una clase de selectividad. Estamos seleccionando los estímulos particulares que queremos dejar entrar en nuestra consciencia. Más aún, estamos seleccionando el canal, el medio, por el cual queremos que las vibraciones entren en nuestra consciencia, es decir, según que nuestro deseo sea oír, ver, o sentir. La concentración o el enfoque de la atención parece implicar que hay un estado positivo o activo por parte del individuo.

De hecho, la concentración es generalmente considerada como un estado de consciencia positivo. Sin embargo, tal afirmación es solo parcialmente correcta. En la concentración, solamente nos estamos preparando para recibir ciertos estímulos. Hasta el momento en que estamos enfocando nuestra consciencia para ver, oír, o sentir, estamos positivos en nuestra preparación activa pero tarde o temprano estamos pasivos. No hacemos otra cosa sino recibir, esperar que las impresiones entren en nuestra consciencia. Es algo así como esperar ante la televisión, preparar el receptor, sintonizarlo, y colocarnos en una posición cómoda para observar la pantalla. Todo esto es positivo hasta el punto en que nos relajamos y esperamos que las imágenes aparezcan actualmente. Desde ese momento estamos en un estado pasivo.

Pero hay momentos en que la concentración es un enfoque de nuestra consciencia de una manera no intencional. Un estímulo muy fuerte puede atraer y absorber nuestra atención sin el esfuerzo de nuestra voluntad. Por ejemplo, un sonido muy alto, un intenso destello de luz, un movimiento repentino de un objeto, puede capturar nuestra atención. Estos estímulos intensos atraen nuestra consciencia hacia ellos, obligándonos a enfocarlos. Si alguien disparase de repente un revólver en nuestra habitación, ¿no nos volveríamos instantáneamente, de manera involuntaria, en dirección al lugar de la descarga, enfocando nuestra consciencia en lo que pudiéramos ver u oír en esa dirección?

Cuando enfocamos nuestra atención deliberadamente (es decir, cuando voluntariamente nos concentramos) lo hacemos así principalmente debido a ciertos impulsos internos; nuestros intereses y deseos, lo que nos satisface o nos disgusta, nos obliga o impulsa a concentrar de manera intencional sobre alguna cosa. No podemos enfocar nuestra atención en dos cosas simultáneamente, aunque a veces parezca que así lo hacemos. Hemos dicho que la concentración es selección.

Cuando nos concentramos, seleccionamos. Por lo tanto, no podemos concentrarnos en dos grupos o juegos de estímulos a un mismo tiempo. Sin embargo, podemos vacilar; es decir, podemos alternar nuestra atención tan rápidamente que apenas nos demos cuenta de que nuestra atención solamente está en una cosa cada vez. De todos modos, el enfoque principal está siempre sobre un solo grupo de vibraciones. Supongamos que una luz se encendiese inesperadamente en la habitación. Usted pudiese alternar su consciencia entre la luz y mi voz, al parecer de manera instantánea. Sin embargo, cada juego de impresiones, la luz que usted vio y mi voz que usted escuchaba, ha estado dominante por sí solo en su consciencia en el momento en que usted se concentró sobre ella.

¿Cuál es el valor de la concentración para alcanzar el estado místico? La concentración tiene una utilidad limitada para la consciencia objetiva, con sus correspondientes facultades y ciertas funciones relacionadas. Es evidente que la concentración es altamente esencial en nuestra vida cotidiana, es decir, en nuestra adaptación el mundo externo que nos rodea. Sin la concentración el mundo de imágenes visuales y cosas que sentimos u oímos no existiría para nosotros. Los impulsos de la realidad, actuando sobre nuestros ojos y oídos, no serían enfocados por nuestra consciencia, y no nos daríamos cuenta de ellos, o en todo caso de manera insuficiente. Un buen ejemplo de esto es el hecho de que cuando vamos caminando, absortos en nuestros pensamientos, podemos no darnos cuenta de un amigo íntimo que pasa junto a nosotros, a pesar de que nuestros ojos están perfectamente abiertos.

Nuevamente es necesario señalar que el estado místico es una condición que logramos dentro de nosotros. No consiste de cosas o condiciones que adquirimos de nuestro ambiente externamente. No es verdaderamente el enfoque de la atención para oír un sonido o percibir una luz. Por consiguiente, poniéndonos en la situación de hacernos conscientes de lo que pensamos que debemos percibir místicamente, nos limita. Muchas personas creen que deben concentrarse en ciertas cosas para ayudarse místicamente;

sin embargo, al hacer eso, se están limitando al mantener la consciencia fija en ciertas impresiones solamente.

La concentración puede usarse solamente como un paso preliminar para alcanzar el estado místico. Según hemos dicho, no proporciona directamente los elementos de la experiencia mística.

Concentrarse en un solo estímulo continuamente, en algo que se ve o se oye, equivale eventualmente a suprimir la consciencia objetiva. El estímulo sensorial sobre el que continuamente nos concentramos, pierde gradualmente su eficacia, su efecto para nuestra consciencia. El resultado es que la consciencia se introvierte, gradualmente se vuelve hacia el interior. Por esta razón algunos místicos orientales se concentran durante un largo período de tiempo en un sonido que se repite monótonamente, como el sonido periódico de un gong, o una sola luz o llama. La monotonía del estímulo y la exclusión de todas las demás vibraciones acaba por cansar o adormecer la responsividad o reacción de ese sentido en particular, lo cual resulta una ayuda para que la persona entre en el estado subjetivo. Tales prácticas de concentración son naturalmente una ayuda para excluir los impulsos del mundo externo, pero no para producir por sí mismas la experiencia mística.

Contemplación

La contemplación es otro uso voluntario de nuestra consciencia. Al igual que la concentración, frecuentemente se la confunde o intercambia con la técnica del misticismo. La contemplación es el proceso reflexivo de la consciencia. Es un acto consciente dentro de la mente, más bien que una responsividad, o reacción a las impresiones del exterior. La contemplación se distingue definitivamente de la facultad de percibir. No es el enfoque de nuestra atención en las impresiones que llegan a nuestros ojos y a otros órganos.

Cuando contemplamos, así como en la concentración, es cierto que enfocamos la atención. Sin embargo, estamos seleccionando de nuestra memoria alguna idea que las anteriores impresiones de nuestros sentidos han depositado en ella. La idea que contemplamos puede haberse experimentado previamente como algo que hemos visto u oído. Por medio de nuestra voluntad hacemos que esta idea de nuestra memoria quede aislada en nuestra consciencia, y resalte en contraste con todo lo demás. Cuando contemplamos, están muy agudos los procesos reflexivos de nuestra consciencia, y no nos damos cuenta de nada más. Como analogía, la contemplación dirige el foco de nuestra consciencia apartándolo de las impresiones externas y el mundo exterior, introvertiéndolo sobre nuestros propios recuerdos y nuestro razonamiento nada más.

Las ventajas de la contemplación son muy grandes. La contemplación permite el juicio claro y la evaluación de la experiencia. De ese modo podemos analizar el valor de las impresiones que hemos recibido y el valor de nuestras ideas particulares. Una cosa es percibir u oír algo; y otra cosa es determinar el valor de las impresiones para nosotros. Nuestra opinión, nuestras conclusiones, figuradamente hablando, son el resultado de

volvernos para mirar desde todas las posiciones diferentes dentro de nuestra mente, nuestras experiencias acumuladas o los elementos de que se componen.

Mientras más contemplamos nuestras percepciones, nuestras ideas, tanto más significación y utilidad tendrán para nosotros. Un pensador es el que usa lo que ha coleccionado por medio de la experiencia, y lo analiza y evalúa por medio del examen. La posible relación entre nuestras ideas, lo que una pueda contribuir a la otra, resulta claro por medio de la contemplación. Así pues, de hecho, la contemplación les confiere un poder a nuestras ideas, o nos permite sacar de ellas toda la fuerza que contienen. La contemplación también estimula a nuestra imaginación. La imaginación sugiere diversas maneras para extender y unir las ideas, de modo que se produzca una estructura de pensamiento más amplia.

Es uno de los procesos creadores de la mente. La contemplación, el acto de absorbernos en ideas inspiradoras o en nobles conceptos, aunque resulte muy grata y parezca muy verdadera, no es un estado místico. Mantener un pensamiento, es un proceso que no debe ser confundido con un importante proceso místico. Mantener un pensamiento, o enfocar uniformemente la atención en él, es a fin de cuentas una forma de concentración. Como tal, no es más que el método para capturar la consciencia, sujetándola a una sola idea. Continúa limitando la consciencia a una sola fase de actividad, a una objetividad.

De hecho, por ejemplo, no hay gran diferencia entre mirar un objeto en un armario en el cuarto privado, y mirar un objeto en la calle. En ambos casos de esta analogía, estamos usando la misma facultad, la vista. Así pues, cuando mantenemos un pensamiento, no hacemos otra cosa sino usar la concentración. En la contemplación, en el pensar, en el razonar, estamos usando aspectos subjetivos de la conciencia. En particular estamos usando esos aspectos íntimamente relacionados con la mente objetiva y que tienen poco valor para el estado místico. Esto pone de manifiesto que un pensador y un fi1ósofo no son necesariamente místicos. Pero un místico verdadero llega a ser un fi1ósofo. Le resulta indispensable reducir los elementos de su gran iluminación mística a relaciones humanas, a valores humanos, a un conocimiento practica para la vida. Para eso necesita un método filosófico.

Visualización

En la ciencia del misticismo no podemos omitir el proceso de la visualización, la formación de imágenes visuales en la pantalla de la consciencia. Este proceso hace que una cosa resulte visible ante el foco de la mente. Ahora bien, resulta aparente que la visualización es una función de la contemplación. No podemos visualizar sin contemplar. La visualización, sin embargo, es el enfoque de la consciencia sobre ciertas ideas que pueden tomar una forma visual en nuestra mente. Si la visualización no hiciera otra cosa más que formar cosas en la pantalla de la consciencia, no tendría para el misticismo un valor mayor que la contemplación.

El místico visualiza, no con el deseo de analizar, no solamente para mantener una cosa en la consciencia y examinarla atentamente, sino con el propósito de crear una condición. El espera crear una condición, es decir, actualizar una realidad. Lo que el místico ve en la pantalla de la consciencia, es real para él. Es una realidad. Pero el místico quiere actualizar esa imagen, quiere que ella produzca otras condiciones adicionales. Quiere que influya en otros y no solamente en sí mismo. Por lo tanto, el místico usa su facultad de visualización como un medio para despertar sus atributos psíquicos.

La idea visualizada tiene meramente el propósito de crear un estado psíquico o emocional adecuado. En el misticismo, la visualización puede compararse con el proceso de construir un escenario para una pieza teatral y crear una atmósfera determinada; o pudiéramos decir que es algo así como decorar una habitación para obtener cierto sentimiento estético. Las cosas que uno visualiza para el estado místico deben ser solamente simbólicas. Deben ser mantenidas en la consciencia sólo hasta que experimentemos el efecto del cuadro mental. Una vez que realizamos el efecto, psíquico o de otra clase, por medio de la imagen visual ésta debe ser descartada por completo de la mente, pues ya ha cumplido su propósito. Continuar visualizando no sería otra cosa sino limitarse a la contemplación y detener nuestra consciencia.

Meditación

La meditación es la aplicación más importante de nuestra consciencia al misticismo. A propósito la hemos dejado para lo último en estas consideraciones. La meditación frecuentemente es confundida con la concentración y la contemplación. Primeramente es necesario rectificar el concepto de que la meditación consista en negar todas las manifestaciones de nuestra consciencia. No podríamos deshacernos completamente de la consciencia y al mismo tiempo conseguir que el ser experimente el éxtasis místico, pues el ser y la experiencia se refieren a la consciencia. Lucrecio, el fi1ósofo epicúreo romano, dijo: "Donde estamos, la muerte no está, y a donde la muerte llega, allí no estamos." Por consiguiente, si la meditación consistiera en deshacernos de la consciencia, no habría experiencia mística ni de ninguna clase.

La consciencia es una corriente de responsividad o sensibilidad a innumerables vibraciones. Es como una escala musical. Cada parte de la escala de la consciencia tiene una octava, es decir, tiene su manifestación particular, así como las notas que componen la escala musical. El ego humano, el ser, puede tocar varias partes de esta escala de la consciencia. Con la cual queremos decir que el ser, el yo, puede tener realizaciones en diferentes planos de esta escala de la consciencia. Como dijo un místico hindú: "Hay dos condiciones en la persona, la condición de estar en este mundo y la condición de estar en el otro mundo." El otro mundo contiene los otros niveles de consciencia que todos tenemos.

La consciencia llega más allá de la objetividad, más allá de nuestro mundo cotidiano de la existencia mortal. La consciencia va más allá del mundo mental, mucho más allá del reino del pensamiento, de la contemplación y la

razón. Otro místico ha dicho: "La meditación es la unión de la consciencia con el intelecto superior o fuerzas superiores, para manifestar sensaciones que no existen en la consciencia inferior." La consciencia humana es una efluencia, una emanación de la mente Cósmica. La consciencia objetiva, sin embargo, no toca directamente a la mente Cósmica. Solamente en el río más profundo de la subconsciencia es donde el ser puede experimentar las manifestaciones más infinitas del Cósmico.

Uno no puede unirse con el Cósmico de un salto. Uno no puede echarse o sumergirse sencillamente en la consciencia Cósmica, sino que tiene que progresar gradualmente como quien va desde la orilla hasta las aguas más profundas. La meditación, por lo tanto, es un desplazamiento del campo de la percepción. Consiste en mirar y percibir mucho más allá del mundo finito inmediato. Para llegar a esta percepción mayor, se requiere una transición de la consciencia. Un místico alemán del siglo diecisiete dijo: "Es en la parte suprema del alma donde se efectúa la operación mística. Es en esa parte del alma a donde no llegan las pasiones." Con la cual quería decir que no debemos esperar percibir las vibraciones más altas de la profundidad de nuestro ser, de la consciencia mayor, por medio de los sentidos objetivos.

Según hemos explicado, cuando contemplamos estamos usando experiencias que originalmente llegaron por conducto de las facultades objetivas, de nuestro razonamiento, etc. Hay una cierta unidad en esas dos fases de la mente. Así también, la meditación integra la consciencia. Une las formas inferiores de la consciencia ordinaria con las formas superiores. Si no efectuase esta unión, entonces las impresiones psíquicas, Cósmicas, que tenemos en los niveles más altos de la consciencia, no podrían evocarse o recordarse. No habría manera de que pudiéramos sacarlas y traerlas al estado objetivo, inferior. El estado místico no está completo sino cuando el ser logra traer a la vida diaria, como inspiración e iluminación, los resultados, la experiencia de esos contactos Cósmicos.

El objetivo tradicional de todos los místicos es la unión del ser con Dios o el Cósmico. Puesto que todas las partes de nuestro ser – toda nuestra estructura orgánica y nuestros procesos mentales,   pertenecen a la ley Cósmica, es obvio que esta unión existe de hecho. Sin embargo, hasta que el ser, hasta que el yo, se da cuenta de esta unión, no se obtiene ninguna satisfacción divina de ese hecho. Sin esta experiencia, es lo mismo que si le damos una llave a un hombre y le decimos: "Esto es para un arca de tesoros." Hasta que él no encuentre ese tesoro y pueda darse cuenta de él, no recibe ninguna satisfacción de dicho tesoro.

La meditación, pues, es una manera de cambiar la consciencia. Es la evolución desde un plano de consciencia hasta otro. Es el conocimiento personal de la plenitud de nuestro ser. Y también podemos decir que es como la subida a una montaña. Desde la cumbre contemplamos vastos territorios que no podían percibirse desde abajo. San Agustín dijo, al referirse a la meditación, que es "el ojo místico del alma;" Muchos místicos han dicho de la meditación que es un escape del mundo cotidiano e inclusive un escape del ser. En sus doctrinas han hablado de disminuir el ser por medio de la meditación hasta que par fin ya no tenga realidad, o deje de existir.

Dionisio, el Aeropagita, dijo: "Dejad detrás los sentidos, las operaciones intelectuales y todas las cosas conocidas por los sentidos y por el intelecto." De hecho, sin embargo, sabemos mejor. Nunca podemos escaparnos del ser. Si lográramos tal cosa, no obtendríamos la unión mística. El ser tiene que existir para unirse con el Cósmico. Por medio de la meditación, el ser toma diferentes aspectos o características a medida que avanza paso a paso, de un plano a otro, por la escala de la consciencia. El ser se despoja de las sensaciones, de las cualidades determinativas que van asociadas con la objetividad, tales como el tiempo, el espacio, y otras nociones semejantes. El ser resulta un estado para el cual no podemos encontrar términos que lo describan. Por eso algunos místicos antiguos pensaron que la meditación suprimía el ser; pero en realidad solamente perdía su carácter familiar.

El ser, el yo, cambia en su ascenso, en la gradual subida por los planos de consciencia, así como una bellota cambia para transformarse en una gran encina. Sin embargo, la esencia de la bellota está en la encina, y de la misma manera la esencia del ser está en cada estado de consciencia que alcanzamos en la meditación. El ser se despoja de todas sus viejas características en la nueva libertad que alcanza. Un antiguo místico dijo sobre esto: "Una araña ascendiendo por el hilo que teje alcanza espacio libre. Igualmente la meditación proporciona independencia."

Cada nivel o plano de consciencia produce un fenómeno, una experiencia, característica del estado vibratorio en que entramos. En un plano de consciencia experimentamos soledad; en otro, silencio místico; y todavía en otro, una gran armonía. Cada una de estas experiencias que resultan de la meditación, produce un efecto duradero en todo el ser. Así pues, el ser al avanzar hace que una fase de la consciencia entre en armonía con otra, entretejiéndolas como un hilo de plata. Esta relación resulta en el rejuvenecimiento de todo el organismo. La más alta y última etapa de esta consciencia se llama Consciencia Cósmica. Se obtiene cuando el hombre se da cuenta de su unión con el Absoluto, con la totalidad del ser, y ningún ser tiene una naturaleza separada para él. De todas las cosas se da cuenta, pero no como cosas separadas y aisladas.

Así pues, la ciencia del misticismo es verdaderamente un análisis de las diversas aplicaciones de nuestra consciencia personal. La ciencia del misticismo revela la que es necesario para nosotros a fin de alcanzar la plenitud de nuestra naturaleza divina. En las enseñanzas Rosacruces esta ciencia es presentada en todos sus aspectos prácticos y útiles. La experiencia mística es práctica porque da como resultado una ampliación en el campo de nuestra vida.